

Entré en el edificio la otra tarde con algunos compañeros. El espectáculo es desolador. Desde la calle no se tiene aún la evidencia de la destrucción. La fachada está todavía intacta. Dentro, la piqueta ha comenzado ya su trabajo. Las puertas están arrancadas, rotos los peldaños de las escaleras, los tabiques medio derribados. Recorrimos despacio las dependencias del periódico. Aquí estaba la Redacción, aquí el despacho del director, allí la sala de teletipos, el laboratorio de grabado, la administración... Había montones de cascotes por todas partes, revueltos con papeles y objetos, blocs de notas, bolígrafos, pequeños archivadores, cuartillas con noticias escritas en la emborrionada mecanografía de los periodistas, fotografías que esperaban su publicación en un número que nunca salió a la calle. En la entrada, detrás del mostrador del conserje, está todavía el casillero donde se guarda la correspondencia que aún siguen recibiendo los redactores: Travers, Juby Bustamante, Anguita, Pizán, De Vega, Aguilar... Solamente queda un empleado en los locales de lo que fue el diario «Madrid», el jefe de conserjes, Fernando Gamboa, el único que seguirá allí hasta que termine la demolición del edificio. En la gran sala de los talleres se han almacenado mesas, armarios, archivadores, percheros, relojes de pared y otros muebles y enseres del periódico. Están todos ellos en venta, a disposición de quien quiera comprarlos. Su importe pasará a engrosar los fondos con que la empresa deberá atender sus obligaciones, entre las que figura, en primer lugar, el pago de las indemnizaciones a sus empleados, algunos de los cuales no han sustituido aún el trabajo que perdieron.

La desaparición de un periódico, que tan a lo vivo se muestra en el espectáculo de la demolición del vespertino madrileño, es algo que no puede dejar de conmover a los periodistas. La relación de un profesional de la Prensa con su periódico y con la institución misma del periódico tiene características muy especiales que desbordan la relación puramente laboral e incluso la relación ideológica. En estos días en que la piqueta derriba el edificio de la calle General Pardiñas, comentaristas que nunca se manifestaron simpatizantes de la línea del «Madrid» han lamentado la desaparición del periódico. Para el sector de la Prensa identificado con esa línea, la lamentación no puede limitarse a un elogio póstumo más o menos elegante. No hace muchos días, en una reunión celebrada en la librería Turner para presentar un libro que recoge una colección de artículos de la Página Tres del diario «Madrid», el que fue último director del periódico, Antonio Fontán, decía que el «Madrid» ha sido ante todo en estos años «un lugar de convergencia», en el que tomó parte, o pudo tomar parte, debería añadirse, «gente que tenía algo que decir acerca del futuro de una convivencia, que entonces aparecía como problemática y ahora se presenta como cuestión urgente». Creo que la aspiración a esa convivencia fue lo que, en los días que siguieron a la orden de cierre y cancelación de la inscripción del periódico en el Registro, atrajo al edificio de General Pardiñas a muchos periodistas y también a muchos amigos y lectores, que querían mos-

silla de pista

ULTIMA VISITA AL DIARIO «MADRID»

trar así su solidaridad con el periódico y con quienes lo hacían. No es fácil olvidar las horas que entonces pasamos los periodistas, esperando, hasta muy tarde por la noche, las contradictorias noticias que nos hacían concebir todavía la esperanza de que el periódico se salvara.

De aquellos días data, y creo que este hecho pasará de alguna manera a la pequeña crónica madrileña, la apertura, enfrente del edificio del «Madrid», en la misma calle de General Pardiñas, de la cafetería que lleva el nombre de Pub Dickens, que fue «ocupada» por los periodistas en aquellas noches de fines del 71 y principios del 72. El Pub, cuyo origen está, como se ve, liga-



do a la muerte del diario «Madrid», ha seguido siendo desde entonces lugar predilecto de tertulias literarias, y allí acuden también, por la fuerza de la costumbre, muchos periodistas.

Mi última visita al «Madrid» incluyó el otro día una parada en el Pub Dickens. E incluyó también, como no podía por menos, una visita a un bar que está enfrente de la fachada del edificio del periódico que da a la calle de Maldonado. Es el bar Río Rey, cuyos propietarios, el señor Amancio y la señora Julia, han venido siendo testigos de la vida del periódico desde hace veinticinco años. El edificio del «Madrid» fue construido por la empresa de don Juan Pujol en 1947, y allí se trasladaron las instalaciones que venían funcionando en la calle de Marqués de Cubas, donde tenía su sede «El Heraldo de Madrid», incautado en 1939 por el Gobierno. A los pocos meses, el señor Amancio y la señora Julia («estábamos entonces a dos velas») instalaron su bar frente al periódico e iniciaron con la gente del diario amistades que el cierre del periódico no ha interrumpido. «Con todos —dice Amancio con esa seriedad de los hijos de Madrid, tan contraria a la forma de superficiales que se les atribuye—, desde el primer director que tuvo el periódico hasta el más joven de los redactores de los últimos años». Dice que don Juan Pujol, propietario y director entonces del diario, les decía con humor: «Hijos míos, yo no vendré más por aquí, porque os quito clientela. Si viene el director, no vienen los empleados». El bar se encargaba de servir todos los aperitivos, cafés y meriendas que se pedían en el periódico. Anoté el otro día algunas de las especialidades de pinchos y banderillas que son exclusiva del bar Río Rey y que vienen a enriquecer la terminología de lo que llamaríamos «sociología de la barra»: «Escafonias superiores» son alcachofas rebozadas; «Flapiños de importación» son rollos de jamón; «Cachivos calentitos» son pinchos de huevo duro. En el local del Río Rey se celebraban reuniones de empleados del periódico. Muy frecuentemente, un ordenanza tenía que salir a buscar a un redactor a quien llamaba el director o el redactor jefe, sabiendo perfectamente dónde iba a encontrarlo. Los entrevistados citaban en el bar a sus entrevistados. Una sobrina de Amancio y Julia, Mari Cruz, se encargaba desde muy niña de subir al periódico las consumiciones. Dice que los redactores solían medir la estatura de la chica haciendo marcas de bolígrafo en una puerta. Julia lloraba el otro día cuando me contaba que no había querido entrar en el periódico en demolición, ni tan siquiera para ver las marcas de los progresos de la sobrina. Me conmovió ver el cariño con que Julia y Amancio hablaban del periódico y de la gente que en él trabajó. «Mi marido se enfada conmigo —decía Julia—, pero a mí se me saltan las lágrimas cuando hablo del «Madrid»». Amancio la miraba muy serio y decía: «Y no crea usted que es por el interés, aunque perdimos mucho con el cierre del periódico. Es que son muchos años...».

Así fue mi última visita al diario «Madrid». Su solar será ocupado, al parecer, por un bloque de apartamentos, que se llamará Edificio Madrid. De alguna manera perdurará el nombre. ■ LUIS CARANDELL.